

CELCIT. Dramática Latinoamericana 616

TRINCHERAS

Gracia Morales (España)

*Dentro del abrazo, que no se deshacía, que duraba,
Santolalla se sintió agonizar: la mirada de su padre -un destello-
¿no había sido, en la cara fina del hombre cultivado y maduro,
la misma mirada del miliciano pasmado a quien él
sorprendió en la vida para matarlo?
“El tajo” de Francisco Ayala*

*Monta guardia a la boca de la trinchera,
donde ahora crecen pastos secos.
Da cinco pasos hacia el este y ocho hacia el oeste;
cuando ha recorrido ese camino, vuelve a repetirlo.
“El centinela” de Cristina Peri Rossi*

PERSONAJES:
ARIADNA
TERESA MAYOR
TERESA JOVEN
DIEGO JOVEN
MIGUEL

1.

ARIADNA

Cuando nací, me bautizaron con el nombre de Ariadna, aunque la gente que me conoce bien me llama Ari. Solo tres letras: Ari. Un nombre sin peso, un nombre libre, que no significa nada. Porque Ariadna siempre me quedó grande: cuatro vocales, tres consonantes. A-r-i-a-d-n-a: demasiado para mí. Mi abuela Teresa me ha contado muchas veces que fue ella quien lo eligió. Nunca entendí por qué. Hasta hoy mismo. Hoy, en el día en que cumpla dieciocho años, he entendido por qué me llamo Ariadna y cuál es el secreto que escondía

este nombre.

TERESA MAYOR

Ariadna, ven. Siéntate a mi lado.

ARIADNA

Ari, abuela, llámame Ari.

TERESA MAYOR

Qué guapa estás hoy. Esa blusa roja destaca el color de tus ojos. Tengo un regalo para ti.

ARIADNA

¿De verdad? ¡Gracias! Pero... esto... Es una cuerda... No lo entiendo.

TERESA MAYOR

Hay un lugar, Ariadna, ahí arriba, en el monte. Y hay un hombre dentro. Lleva meses ahí solo, perdido, acechado por un monstruo al que no se puede ver. Ahora que has cumplido dieciocho años tienes que ser muy valiente, atarte esta cuerda y entrar al laberinto.

ARIADNA

Después mi abuela se levanta y se acerca, cojeando, hasta una cómoda antigua. Saca una caja de madera. Busca una llave pequeña entre sus ropas, la mete dentro de la cerradura y la abre.

2.

DIEGO JOVEN

¡No! ¡No! ¡Sal de ahí!

TERESA JOVEN

¿Qué... qué pasa?

DIEGO JOVEN

Ya llegan, ¡corre!, ¡se están acercando!

TERESA JOVEN

Diego. Estás aquí. Estás aquí, ¿lo ves? Soy yo, Teresa. Y esta es tu casa. Aquí no hay ningún peligro.

DIEGO JOVEN

Enciende la luz. Por favor. Necesito luz.

TERESA JOVEN

Estás sudando. Espera, te traigo un poco de agua.

DIEGO JOVEN

No. No te vayas, por favor. No te vayas.

TERESA JOVEN

Claro, me quedo. No pasa nada. Solo ha sido una pesadilla. Tranquilo, tranquilo.

3.

TERESA MAYOR

Después de la guerra, los hombres fueron llegando a la ciudad como fantasmas. Con la mirada huidiza. Más delgados que nunca, más ausentes que nunca. Todas las mujeres esperábamos con el alma en vilo, con los ojos gastados de tanto mirar a lo lejos, esperando

ver acercarse a nuestro marido, a nuestro hermano, a nuestro hijo. Rogando que volvieran. Sabíamos que llegarían heridos, ciegos, alcohólicos, locos, o como fuera, pero queríamos que volvieran.

TERESA JOVEN

Has vuelto. Eso es lo importante. Me lo digo una y otra vez mientras te abrazo y te consuelo tras esas pesadillas, de las que despiertas con los ojos llenos de espanto. Has vuelto, aquí te podrás curar de la angustia, me digo, aquí, poco a poco, nuestro hijo y yo te iremos devolviendo la alegría. Nunca me cuentas cómo son las imágenes que te torturan cada noche. Yo tampoco te he preguntado mucho; por cobardía o egoísmo, pero prefiero no saber lo que has hecho, lo que has vivido durante ese tiempo de la guerra. Lo vas a olvidar, lo vas a olvidar, eso me digo, es solo cuestión de tiempo.

DIEGO JOVEN

Te preguntas qué hacer ahora con este vacío. Te preguntas si lo curará el tiempo, como piensa Teresa. Porque nadie te ha enseñado eso: nadie te ha enseñado a curarte del vacío. Son otras cosas las que aprendiste allí: a cargar un fusil, a cavar una zanja. Te hablaron del sentimiento del honor, del sacrificio, de la heroicidad de luchar por la patria. Te prepararon para obedecer y disparar sin dudar sobre el cuerpo de otro hombre. Porque es tu enemigo, eso te dijeron: es tu enemigo y hay que acabar con él. Y lo haces. Disparas a ciegas, al principio, cerrando los ojos, no queriendo ver cómo los cuerpos caen. Pero luego sientes las balas que llegan del otro lado, balas que pasan muy cerca de tu propia carne, y sientes cómo crece una rabia por dentro y gritas como un loco mientras aprietas una y otra vez el gatillo. La primera vez vomitas, cuando hueles la sangre o ves un rostro destrozado. Después pasan los meses y te vas anestesiando. Parece que ya no duelen tanto las heridas, el frío, el miedo; que no duela así la pena de ver desangrarse a un compañero o la angustia cuando escuchas el llanto de los niños. Te vuelves de piedra. Hasta que un día te dicen: “Ya está. Ha acabado, podéis regresar a vuestra casa. Ya no sois necesarios aquí”. Y obedeces otra vez y echas a andar hacia tu pueblo. Pero, ¿cómo se borran estas imágenes? Nadie te dice cómo recuperar la alegría, la ternura. Tu mujer te recibe, nerviosa, y te mete dentro de la casa; te acerca una silla, te toca el rostro, llora; tu hijo entra también, algo asustado, y Teresa le dice, acércate, Javi, abraza a tu padre. Y tú te dejas rodear por esos brazos tan pequeños. Pero no sientes nada: eres un muñeco de piedra. Un muñeco de piedra que no sabe cómo volver a ser un hombre.

4.

ARIADNA

Estoy dormida. Y sueño. Sueño con un espacio alto, lleno de luz y calma. Solo se oye el sonido de los pájaros. Yo ya he estado aquí antes. Aunque esté soñando, percibo que ya he estado aquí antes. Camino sobre la tierra y las huellas de mis pies desaparecen justo cuando los aparto del suelo. Llevo una cuerda atada a la mano. Entonces veo ahí, en medio de la luz a un hombre joven. Está sentado sobre unas rocas y talla con una navaja un trozo de madera. Lleva un uniforme de soldado. Al principio pienso que debe ser mi abuelo, mi abuelo Diego, el que desapareció durante la guerra. Pero no se parece a él. No se parece a las fotos que he visto de él. Me acerco despacio, con la sensación de que este hombre me está esperando.

MIGUEL

Ariadna.

ARIADNA

¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres?

MIGUEL

Soy Miguel.

ARIADNA

¿Miguel?

MIGUEL

La última vez que te vi eras un bebé. Te traía la mujer que viste de azul. Te traía en sus brazos. No lloraste aquel día. Eso me gustó. No sé qué edad tendrás ahora.

ARIADNA

Mañana cumpla dieciocho años.

MIGUEL

Se lo tengo que recordar a tu abuelo. Se alegrará de saberlo.

ARIADNA

¿Mi abuelo?

MIGUEL

Diego. Tu abuelo Diego. Él está aquí conmigo.

ARIADNA

¿Dónde? ¿Dónde está?

MIGUEL

Aquí. En el mismo sitio en el que nos dejaron.

5.

DIEGO JOVEN

Mi querida Teresa. No te imaginas cuánto me cuesta escribirte estas palabras.

TERESA MAYOR

Hay que empezar por aquí: por esta nota.

DIEGO JOVEN

No me he atrevido a despertarte para hablarlo contigo, porque tratarías de convencerme, de hacerme entrar en razón.

TERESA MAYOR

Tu abuelo se marchó durante la noche, sin que yo me diera cuenta.

DIEGO JOVEN

Necesito irme y estar unos días solo. Siento que tengo un ancla atada a mis piernas que me hunde y me hunde

TERESA JOVEN

y no quiero arrastrar a nadie más.

TERESA MAYOR

Solo se llevó algo de ropa y comida.

DIEGO JOVEN

Sé que no estoy siendo bueno contigo,

TERESA JOVEN

que te dejo sola otra vez.

DIEGO JOVEN

Pero me ahogo aquí. Espero que sepas perdonarme.

TERESA JOVEN

Dale muchos besos a nuestro hijo de mi parte.

DIEGO JOVEN

Tu esposo que te quiere.

TERESA JOVEN Y TERESA MAYOR

Diego.

6.

DIEGO JOVEN

Aquí estoy. Llego a las trincheras caminando bajo la luz del atardecer. Vuelvo a ver las zanjás, los túneles, los puestos de observación...: lo que queda del recuerdo, tallado en la piedra. Pero todo es tan diferente. El lugar parece tranquilo, amable, incluso bello, con todo este horizonte ante los ojos. Entonces le veo ahí, sentado sobre unas rocas. Es él. Tiene una pequeña navaja en la mano con la que talla un trozo de madera. Me mira. Ninguno de los dos nos sorprendemos por este encuentro.

DIEGO JOVEN

Hola. ¿Eres Miguel, verdad?

MIGUEL

Miguel, sí. Ese soy yo.

DIEGO JOVEN

Yo... Me llamo Diego. ¿Sabes quién soy?

MIGUEL

Sí.

DIEGO JOVEN

No estaba seguro de si te encontraría.

MIGUEL

Estoy en el mismo sitio en que nos dejaron.

DIEGO JOVEN

Esa frase, sí. Eso es lo que me dijiste. Hace tres noches, en un sueño. Y también, también me decías...

MIGUEL

Hasta aquí solo sube quien de verdad lo desea. Los que pisan con dudas, siempre equivocarán el camino. Porque para entrar primero hay que deshacer el nudo de los miedos.

DIEGO JOVEN

Eso es. Sí. El nudo de los miedos. Esas fueron tus palabras. Al despertar entendí que me hablabas de esta trinchera. Por eso he venido.

MIGUEL

Este lugar no te pertenece. Es nuestro, de nosotros, los que nos quedamos. Tú eres un intruso aquí.

DIEGO JOVEN

Se da la vuelta y se aparta. Esconde entre sus manos la figura que está tallando, para no dejarme verla. Una figura pequeña, que creo que imita la forma de un hombre.

7.

ARIADNA

En la caja mi abuela guarda algunos objetos: un mechón de pelo largo y oscuro, fotos, figuritas de animales tallados en madera: un pájaro, un caballo... Y cartas, al menos una docena de cartas, atadas con una cuerda gruesa, parecida a la que me ha entregado.

TERESA MAYOR

Ten cuidado, que el papel es muy frágil. Están puestas todas las fechas. Tuve que ir haciéndolo, para ordenar la memoria.

DIEGO JOVEN

Querida Teresa: Te hago llegar esta carta a través de Enrique, un excombatiente como yo, a quien he conocido en estos días.

TERESA MAYOR

Esa es la primera que recibí suya. Ya hacía seis semanas desde que se había marchado.

DIEGO JOVEN

Espero que te ponga contenta recibirla y saber que no os olvido, ni a ti ni a Javi.

TERESA MAYOR

Cuando me la trajo el cartero yo estaba desesperada ya. Seis semanas sin saber nada de él... Preguntándome dónde estaría, por qué se había ido de esa manera.

TERESA JOVEN

Quiero que sepas que a cada momento pienso en vosotros.

DIEGO JOVEN

Pero he necesitado volver. Volver al lugar donde pasé los últimos meses de la guerra.

TERESA MAYOR

Seis semanas soportando las preguntas de mi familia, los cuchicheos de las vecinas.

TERESA JOVEN

Creo que aquí, poco a poco,

DIEGO JOVEN

podré curar algo que se ha roto dentro de mí. Y cuando me ponga bien,

TERESA JOVEN

regresaré contigo.

TERESA MAYOR

En ese tiempo me convencí de que el problema era yo, que no había sido buena esposa, que no había sabido cómo ayudarle.

DIEGO JOVEN

Por favor, dile a mi madre

TERESA JOVEN

que estoy bien.

DIEGO JOVEN

Tu esposo que te quiere,

TERESA JOVEN

Diego.

TERESA MAYOR

Seis semanas y entonces esta carta... ¿Te puedes imaginar todo lo que sentí en ese momento?

ARIADNA

No, no me lo imagino. ¿Cómo me lo voy a imaginar? ¿Mi abuela piensa que de pronto voy a poder entender todo esto? ¿Ella cree que con darme una cuerda y estos papeles viejos ya voy a saber cómo aceptar esto, este agujero que se ha abierto de pronto en mi garganta? ¿Por qué me lo han ocultado tanto tiempo? ¿Qué quieres de mí?, le pregunto a mi abuela. ¿Para qué me cuentas esto hoy? ¿Qué quieres de mí?, casi le grito. Pero ella no me contesta. Parece que tampoco me oye. Es como si, de pronto, ya no estuviera conmigo, como si se hubiera escapado muy lejos de esta habitación.

8.

DIEGO MAYOR

Aquellos ojos verdes/ de mirada serena/

TERESA MAYOR

dejaron en mi alma/ eterna sed de amar/.

DIEGO MAYOR

Anhelos de caricias/ de besos y ternuras/ De todas las dulzuras/ que sabían brindar/

TERESA MAYOR

Aquellos ojos verdes/ serenos como un lago/en cuyas quietas aguas/un día me miré,/

DIEGO MAYOR Y TERESA MAYOR

no saben las tristezas/ que en mi alma han dejado/ aquellos ojos verdes/ que yo nunca besaré.

9.

DIEGO MAYOR

Sí, sí, ya les oigo, tranquilo. Debe de ser otro colegio. Voy, ya voy. Que sí, que me da tiempo, hombre. Qué suerte tienes tú que no tienes que esconderte. Mira, hoy es una profesora, bastante joven, debe ser de tu edad. Es bonita. ¿Te gusta o no? Venga, sí, vamos a escucharla, a ver lo que dice. Se equivoca, ¿ves?, ya se está equivocando, no son siete, son ocho y medio, son ocho kilómetros y medio. Claro que importa: el perímetro es de ocho kilómetros y medio. Y hay puntos de observación, nidos de ametralladora, escaleras, túneles, ¡joder!, hay que explicarlo todo bien porque si no, no sirve de nada que vengan aquí a... ¿Yo? ¿Qué les voy a contar yo? Si me ven, se asustan y salen corriendo. Son solo críos, ellos no entienden. Piensan que soy un loco. Eso piensan, claro. El loco que habla solo. Espero que estos de hoy no me pisen las tomateras, porque los últimos que vinieron, lo dejaron todo destrozado y bastante me cuesta sacar esas plantas adelante con el frío que hace aquí arriba. No, estate tranquilo, por allí no jugarán. Si van hacia allí yo les espanto, sí. He quitado las flores, claro, como siempre. No te preocupes, hombre. Es que después de todos estos años, ¿seguís sin fiaros de mí?

10.

DIEGO JOVEN

La oscuridad cae casi de golpe y me quedo a pasar la noche. Me digo a mí mismo que mañana volveré a mi casa. Me duermo pensando en Teresa y en Javi, y no tengo pesadillas. Solo respiro tranquilo, con el silencio a mi alrededor. Y al amanecer los pájaros. Murmullo de pájaros. Pinzones, jilgueros, colirrojos... Miguel casi no me presta atención, pero yo lo observo y le hablo. No dejo de esperar algo de él, algo que justifique mi presencia aquí. Casi sin darme cuenta las horas pasan, llega el atardecer, ya no es momento de irse... Y así un día y otro, hasta no saber cuánto tiempo ha transcurrido. Cada noche pienso en mi hijo y me digo que mañana volveré a mi casa, mañana, sí, porque ¿qué estoy haciendo tan lejos? Pero durante el día encuentro algo que vuelve a atarme a este lugar, pequeños hallazgos que atesoro como los niños buscan conchas en la orilla del mar: un casquillo de bala, un anillo de compromiso tirado en una zanja, un cuaderno viejo, un cepillo de dientes...

DIEGO JOVEN

Esas nubes de ahí amenazan lluvia. Menos mal que Enrique me ha traído todo esto. Me tengo que hacer un refugio.

MIGUEL

Él ha venido siempre, desde el principio. Se queda allí, en aquel túnel.

DIEGO JOVEN

¿Enrique?

MIGUEL

Sí.

DIEGO JOVEN

No he querido preguntarle por qué necesita él regresar a este sitio. Cada quien tiene derecho a guardar sus recuerdos. Es increíble lo diferente que parece ahora este lugar... y solo han pasado unos meses. A veces pienso que no debería haber cambiado. Que no está bien que vuelva a haber plantas creciendo aquí y pájaros.

MIGUEL

Los pájaros no saben nada de nuestra guerra. Ni las plantas.

DIEGO JOVEN

Yo... ojalá pudiera borrarlo todo... Liberarme de todo esto que llevo por dentro y que no me deja vivir en paz.

MIGUEL

Olvidar. Eso quieres. No. Te equivocas. Aquí no se viene a olvidar.

11.

ARIADNA

Paso las cartas, una tras otra y leo siempre la misma letra, muy alargada y precisa, escrita con tinta azul.

DIEGO JOVEN

Querida Teresa. Espero que cuando estas palabras lleguen a tus manos Javi y tú os

encontréis bien de salud.

ARIADNA

Querida Teresa: No te preocupes por mí,

DIEGO JOVEN

me estoy cuidando mucho.

ARIADNA

Querida Teresa.

DIEGO JOVEN

Léele esta carta a Javi, para que no se olvide de mí.

ARIADNA

Y entonces me encuentro con una diferente. Los trazos son distintos, el papel también.

TERESA JOVEN

Estimado Enrique: Soy Teresa, la esposa de Diego. Llevamos seis meses esperando a que regrese y voy a volverme loca sin saber ni dónde está ni por qué no vuelve con nosotros. Sé que usted le está ayudando y yo se lo agradezco mucho. Pero ahora le tengo que pedir un favor. Le suplico que usted me diga dónde se encuentra él para ir a buscarlo. Necesito convencerlo de que vuelva a su casa, donde podremos cuidarle como él merece. Por favor, si usted tiene hijos y familia me entenderá.

TERESA JOVEN Y TERESA MAYOR

Se despide, deseando que se encuentre bien de salud.

DIEGO JOVEN

Teresa.

12.

DIEGO JOVEN

¿Seis meses? ¿De verdad llevo seis meses aquí?

MIGUEL

No lo sé.

DIEGO JOVEN

No es posible. Yo pensaba que... ¿Cómo he podido dejar a Teresa sola tanto tiempo? Y a mi hijo. Tengo que marcharme de aquí.

MIGUEL

Nadie te obliga a quedarte.

DIEGO JOVEN

Tú. Tú me llamaste. Yo lo recuerdo bien. Tú me dijiste: “Estoy en el mismo sitio en que nos dejaron”. ¿Qué significa eso? ¿Eh? ¿Para qué me hiciste venir? ¡Contéstame!

MIGUEL

Lo confundes todo, Diego. Eres tú quien me buscaba. Acudí a tu sueño porque me llamabas. Me llamabas una y otra vez. Miguel, Miguel, repetías. Eres tú quién necesitaba venir a mí.

DIEGO JOVEN

No... Eso no... No tiene sentido.

MIGUEL

De entre todos tus muertos, me elegiste a mí. No sé por qué. Por qué me llamabas

precisamente a mí.

DIEGO JOVEN

Yo... Se me quedó clavado tu rostro. Tus ojos. Como si estuvieras a punto de preguntarme algo, justo mientras yo apretaba el gatillo. Yo siempre disparaba a ciegas; oía los gritos, veía los cuerpos caer... Pero contigo... Estabas demasiado cerca y no pude evitar tus ojos. Esos ojos verdes, tan parecidos a los míos. Y entonces algo de tu mirada se me quedó aquí dentro. Como si te abrieras un hueco y ocuparas una parte de mí. Por eso cogí tu cédula de identidad.

MIGUEL

Mi cédula.

DIEGO JOVEN

La cogí de tu bolsillo. Para conocer tu nombre, tu edad... Y luego me la quedé. Quizá no hice bien, pero...

MIGUEL

Así que no llevaba la cédula. Eso debió complicarlo todo. Tal vez con un nombre... Tal vez me hubieran devuelto. Pero quizá me faltó un nombre y por eso...

DIEGO JOVEN

¿Devolverte a dónde?

MIGUEL

No sé si a los otros les pasó lo mismo. A Iker, a Pedro, al Peruano... Quizá ellos también perdieron su cédula.

DIEGO JOVEN

No te entiendo. ¿Quiénes son Iker y Pedro?

MIGUEL

Ellos no se fían de ti. Ni yo tampoco. Siempre dices que quieres olvidar, vaciarte de lo que llevas dentro. Todavía no sabemos si podemos confiar en ti.

DIEGO JOVEN

Me da igual, ¿sabes? Ya me he cansado de esperar. Seis meses es mucho tiempo. Yo no soy como tú: yo estoy vivo y tengo una familia que me necesita. Toma, te devuelvo tu cédula.

MIGUEL

Ya no sirve para nada.

13.

ARIADNA

Yo sabía que a unos diez kilómetros del pueblo, en el monte, hay unas trincheras que se construyeron durante la guerra. Recuerdo haberlas visitado una vez, con el colegio. Subimos por un camino muy enmarañado entre los árboles. Cuando llegamos, nos encontramos con un cartel grande y oxidado que decía "Lugar de Interés Histórico". Había un pequeño texto debajo, pero estaba pintorreado y sólo se conservaba una palabra medio legible: "Verdad". Pasamos casi una hora allí. Encontramos algunos restos de comida, un saco de dormir, unas mantas y enseres de cocina, y también algo que parecía un huerto, pero no vimos a nadie. Uno de los niños nos contó que aquello estaba lleno de fantasmas, fantasmas de la guerra, que gritaban y soltaban alaridos terribles, pero que ahora no se les veía ni se les oía porque solo salían de noche. También nos dijo que entre los túneles vivía

un hombre, viejo y loco; que él lo sabía porque su abuelo lo conocía desde hacía tiempo. Al día siguiente, en clase, el maestro nos pidió que hiciéramos una redacción o un dibujo de las trincheras. Yo dibujé un laberinto de piedra y vegetación y en medio de él puse a un hombre viejo y a un fantasma vestido de soldado.

14.

TERESA JOVEN

Pasan los días y ese hombre, Enrique, ni siquiera contesta a mi carta. Y tampoco tú vuelves a escribirme. ¿Me castigas por querer ir a buscarte? Pero, ¿qué debo hacer? ¿Resignarme sin más? ¿Dejarte marchar de mi vida como si no importara? ¿Cuánto tiempo puede esperar una mujer callada y cruzada de brazos? Entonces decido que iré hasta ese pueblo desde el que me llegan tus cartas. Me presentaré ante la puerta de Enrique y ahí tendrá que decirme a la cara que no me va a ayudar. Que no merezco saber dónde está mi marido. Me lo tendrá que decir mirándome a los ojos. Me informo bien del trayecto, de los autobuses, de los horarios. Son casi cinco horas. Nunca he hecho un viaje así, pero no tengo miedo. Mamá, ¿te puedes quedar con Javier dos días?

TERESA MAYOR

Y mi madre me pregunta: ¿Para qué? ¿Dónde vas?

TERESA JOVEN

Cosas más que a ti ni te van ni te vienen.

TERESA MAYOR

Vas a buscar a Diego. Pierdes el tiempo, me dice. ¿No te das cuenta de que te ha abandonado? Seguro que tiene otra mujer allí donde esté.

TERESA JOVEN

¿Te puedes quedar con Javi, sí o no? Si no, me lo llevo conmigo.

TERESA MAYOR

Está bien. Pero ese hombre no te va a hacer feliz, Teresa. Yo te lo digo por tu bien. Deberías olvidarte de él.

TERESA JOVEN

Hago una pequeña maleta. Metiéndolo todo de cualquier manera. Me pinto los labios, me pongo mi mejor vestido, uno de color azul turquesa, que a Diego siempre le gustó mucho. Me mueve más el orgullo que el cariño, lo sé, me mueve más la rabia. Pero ya me he cansado de esperar.

15.

MIGUEL

Has vuelto.

DIEGO JOVEN

Déjame en paz.

MIGUEL

Tienes sangre ahí.

DIEGO JOVEN

No es nada. ¡No es nada! Solo me he caído.

MIGUEL

Deberías curarte.

DIEGO JOVEN

Yo... Había empezado a bajar, hacia el pueblo. Iba bien, pisando con firmeza. Pero entonces, algo me ha hecho tropezar. Y allí tirado en el suelo, desde abajo, los árboles, los árboles tan altos... He echado a correr, no sé por qué, a correr como si algo me persiguiera, hacia abajo, he corrido hacia abajo porque quería salir del bosque. Pero entonces, al detenerme me he dado cuenta de que estaba volviendo aquí.

MIGUEL

Nadie llega a este lugar si no lo desea de verdad.

DIEGO JOVEN

¡No! ¡No me has oído? ¡He vuelto sin quererlo! Yo iba hacia el pueblo, pero... Los árboles... He tropezado y los árboles... Yo quiero salir de aquí. Y regresar a mi casa. Yo tengo un hijo, un hijo de siete años que se llama Javier. Le gusta mucho dibujar. Animales, árboles, barcos... También dibuja nuestra casa y nos pone ahí a los tres. A Teresa, a él y a mí, que soy su padre.

MIGUEL

Anda, ven.

DIEGO JOVEN

A los tres, cogidos de la mano. Como una familia. Si no regreso pronto, se va a olvidar de mí.

MIGUEL

Acércate, no tengas miedo. Hoy los vas a conocer.

DIEGO JOVEN

¿A quién?

MIGUEL

A ellos. Están contentos de que no te hayas ido.

DIEGO JOVEN

No sé de qué me hablas.

MIGUEL

De nosotros nueve. Si el bosque te ha dejado volver debe ser que confía en ti. Y ya es hora de los conozcas a ellos también. Este es Santiago. Tiene 23 años. No se nota su edad, lo sé, las caras siempre las hago iguales, porque es difícil tallar el rostro de los hombres. Pero yo sé que es Santiago. Quería ser músico. Tenía una guitarra y a veces la tocaba, para entretenernos, para que la noche se pasara más rápido. Y este de aquí, este más alto, es Pedro. La guerra lo sorprendió justo antes de casarse. Siempre estaba hablando de su novia. Todavía guarda ahí, entre su ropa, una foto de la chica, aunque ya debe estar muy borrosa. Y este que estoy empezando a hacer ahora es El Peruano. Así le llamamos todos, aunque no es de Perú ni nada de eso. Siempre andaba con un cuaderno de tapas rojas. Algunas veces yo se lo cogía a escondidas y lo leía. Ponía ahí sus pensamientos sobre la guerra, porque el tipo es medio filósofo. ¿Quieres que te cuente lo que escribía?

DIEGO JOVEN

Sí.

16.

ARIADNA

Mi abuela me enseña una foto.

TERESA MAYOR

Esta eres tú.

ARIADNA

El bebé de la imagen debe tener un año. Y está allí, en aquella trinchera, en brazos de un hombre delgado, fuerte, de ojos verdes.

TERESA MAYOR

Fue la única vez que pude traerte.

ARIADNA

No se ve a nadie más.

TERESA MAYOR

Te llevé a escondidas de tu padre. Él no quería que tú supieras nada de... todo esto. Le juré que esperaría para contártelo.

ARIADNA

Yo no sé por qué, pero miro la imagen y siento que hay alguien más allí. Alguien a quien la cámara no capta, pero que nos observa en silencio.

TERESA MAYOR

Que esperaría al menos hasta que fueras mayor de edad.

ARIADNA

Mi abuelo me sujeta torpemente, se nota que no está acostumbrado a llevar en brazos un cuerpo tan pequeño. Pero yo no lloro. Le miro con curiosidad. Tengo levantada una mano, como si estuviera a punto de tocarle el rostro.

17.

TERESA JOVEN

Aquí estoy. Llevo en la mano el mapa que me ha dibujado Enrique. Creí que iba a ser más difícil orientarme en el bosque, pero he llegado como si conociera el camino. Me sorprende el silencio del lugar, la calma de tanto horizonte. No te encuentro al principio y recorro las zanjas tratando de no mancharme el vestido. Y luego te veo, sentado en una roca, con un cuaderno de tapas rojas muy viejo entre las manos. Eres tú, sí. Tan distinto... Con esta luz clara que te vuelve transparente.

DIEGO JOVEN

Teresa. Un jirón de mar en medio del bosque. Teresa. Un jirón de mar.

TERESA JOVEN

Diego. Te digo. Diego. Te das la vuelta. Te das la vuelta para no mirarme. ¡Diego! Las piedras repiten tu nombre en un eco extraño. ¿No piensas hablarme siquiera?

DIEGO JOVEN

No quería que... que me vieras así.

TERESA JOVEN

Ya te estoy viendo. ¿Tú...? ¿Llevas aquí todo este tiempo?

DIEGO JOVEN

Sí.

TERESA JOVEN

Ocho meses, Diego... Ocho meses... ¿Por qué? ¿Eh? Contéstame. ¿No merezco al menos una razón?

DIEGO JOVEN

Hay que cuidar este lugar.

TERESA JOVEN

¿Qué?

DIEGO JOVEN

Eso es lo único que sé decirte. Alguien tiene que cuidarlo.

TERESA JOVEN

¿Y a Javi y a mí? ¿Quién nos cuida a Javi y a mí?

DIEGO JOVEN

Lo siento.

TERESA JOVEN

No. Déjame.

DIEGO JOVEN

Por favor, espera... No te vayas. Cuéntame cómo está Javi. Por favor.

TERESA JOVEN

¿Cómo va a estar?

DIEGO JOVEN

¿Sigue dibujando?

TERESA JOVEN

Sí.

DIEGO JOVEN

¿Y pregunta por mí?

TERESA JOVEN

Claro.

DIEGO JOVEN

Dile que volveré. No sé lo que voy a tardar, pero... volveré. Dile que no me olvide. Por favor.

TERESA JOVEN

Toma, quédate con esto.

DIEGO JOVEN

Aquí no vale nada el dinero.

TERESA JOVEN

Dáselo a Enrique. Si él te trae comida y otras cosas, le vendrá bien...

DIEGO JOVEN

No le digas a mi madre que estoy aquí. Ella no lo entendería.

TERESA JOVEN

Yo tampoco lo entiendo.

DIEGO JOVEN

Pero volverás, ¿verdad? ¿Vas a volver otro día?

TERESA MAYOR

Yo nací en una ciudad de costa. Allí viví hasta que nos mudamos a esta casa. Tu abuelo llevaba ya más de un año en su trinchera y yo me cansé de esperar a que regresara. Me cansé de las cartas y de hacerme cinco horas de viaje, a escondidas de todo el mundo, para ir a visitarle. Pensé que, si nos veía más seguido a Javi y a mí, nuestro cariño le haría regresar con nosotros. Así que vendí todo lo que teníamos para venirnos a este pueblo de montaña. Renuncié a estar junto a mis padres y mis hermanos, que ya odiaban a tu abuelo por habernos abandonado. Renuncié a mi mar para estar más cerca de Diego. Y no me arrepiento, no. Pero a veces echo de menos el sonido de las olas y el olor a sal. Los echo de menos físicamente, como si mi cuerpo se quejara de esa distancia. Muchas noches sueño que navego con mi padre en su barca, esa barca pequeña en la que salíamos a pescar, y al despertar me doy cuenta de que nunca he vuelto a ser tan feliz como yo era entonces.

19.

MIGUEL

Ariadna.

ARIADNA

No me llames así. Mi nombre es Ari.

MIGUEL

Te estamos esperando aquí.

ARIADNA

Ari, sólo tres letras. Ari.

MIGUEL

Diego te necesita.

ARIADNA: Un nombre sin peso, un nombre libre, que no significa nada.

MIGUEL

No queda mucho tiempo ya.

20.

DIEGO MAYOR

¿Te acuerdas de aquel niño que venía a veces? ¿Cómo se llamaba? Era moreno... Con los ojos grandes y oscuros. A veces se sentaba ahí, justo ahí, a dibujar. A ti no te gustaba que viniera, que yo me daba cuenta. Te ponía nervioso cuando que caminara entre los túneles y trepara por las zanjas. Pero, ¿qué iba a hacer si no? Los niños que llegan aquí siempre juegan al escondite y a inventar batallas de mentira. Ellos no pueden entender... Hace mucho que ya no viene, ¿verdad? Ah, sí, pasó aquello... Cuando se perdió y hubo que buscarlo por todas partes. El pobre... No tenía que haberse metido allí, pero él qué iba a saber. Se asustó mucho, no se dejaba consolar. Su madre se puso también muy nerviosa. Me echó la culpa a mí. Pero entonces yo aún no sabía. No pude evitarlo... ¿Cómo se llamaba el niño? Me gustaría acordarme de su nombre. Es importante que me acuerde, ¿verdad? ¿Qué dices tú? ¿Era mi hijo ese niño? No, no puede ser. ¿Estás seguro? Mi hijo...

¿De verdad tengo yo un hijo? ¿Y cómo es que no me acuerdo de su nombre?

21.

TERESA JOVEN

Qué rápido te crece el pelo.

DIEGO JOVEN

No me molesta que esté largo.

TERESA JOVEN

A mí sí. A ver, ponte de frente que te vea. Qué delgado te estás quedando.

DIEGO JOVEN

¿Cómo está Javi?

TERESA JOVEN

Bien. Está bien. Bueno, ya sabes... Él... Es un niño muy callado. Me cuesta saber lo que está pensando.

DIEGO JOVEN

Me hubiera gustado verle. ¿No va a venir más?

TERESA JOVEN

Sí, claro. Otro día. Seguro que otro día. Pero ahora... Todavía tiene miedo de este lugar. No he conseguido que me cuente qué es lo que vio o lo que creyó ver. Tiene pesadillas. Habla, en sueños. Habla de un tal Miguel. ¿Tú sabes a quién se refiere?

DIEGO JOVEN

No quiero que nuestro hijo sufra.

TERESA JOVEN

Hoy justo se cumplen tres años.

DIEGO JOVEN

¿Qué?

TERESA JOVEN

Tres años. Desde que saliste de casa de noche y te viniste aquí. Hoy hace tres años.

DIEGO JOVEN

No. No... No puede ser. Tanto tiempo no...

TERESA JOVEN

¿Dónde vas?

DIEGO JOVEN

No sé.

TERESA JOVEN

Quédate aquí. Ven, acércate. Ven. Quiero... Quiero que me lo cuentes.

DIEGO JOVEN

¿El qué?

TERESA JOVEN

Todo. Todo lo que recuerdas. De este sitio. Lo que te ata a este lugar.

DIEGO JOVEN

No. ¡No puedo!

TERESA JOVEN

Yo no voy a juzgarte. Pero necesito entender... ¿No confías en mí?

DIEGO JOVEN

No es eso. Son las palabras, ¿entiendes?, las palabras no sirven... Si pudieras ver lo que yo cuando miro este lugar... Si pudieras... Esto, todo esto, y lo que he ido encontrando. Te lo he enseñado, ¿verdad? Alguien tiene que guardar esto. El anillo de compromiso, el casco, el cuaderno de tapas rojas... Todo esto... No me mires así. No estoy loco, Teresa. No pienses que estoy loco.

TERESA JOVEN

Está bien. Tranquilo. Ven. No te alejes, ven. No voy a dejarte solo. Aquellos ojos verdes/ de mirada serena/ en cuyas quietas aguas/ un día me miré/ no saben las tristezas/ que en mi alma han dejado/ aquellos ojos verdes/ que yo nunca besaré.

22.

TERESA MAYOR

Tu abuelo siempre ha sido buena persona. Tenía alma de criatura. Pero le tocó vivir esta guerra y algo se rompió dentro de él. Muchos no lo superaron: amanecían colgados de una viga una mañana o vivían perdidos en las continuas borracheras. Él y yo no conocimos siendo muy jóvenes. Y al principio le quería como nos habían enseñado a querer a las mujeres: de forma prudente y sumisa. Ya llevábamos once años casados cuando lo reclutaron en el ejército y me despedí de él, dispuesta a esperarlo lo que hiciera falta. Después, cuando regresó a su trinchera y me dejó sola, me fui llenando de rabia hacia él. Vine aquí la primera vez dispuesta a recriminarle su abandono, su egoísmo, pero cuando llegué, lo encontré tan perdido, tan solo. Ya no era el mismo hombre que yo había conocido; se había ido volviendo otro: más vulnerable, más humilde, más salvaje también. Y entonces, empecé a amarle de verdad. Con una ternura y una desesperación que yo no había conocido nunca. A veces, mientras bajaba del monte, caminaba enfurecida conmigo misma, prometiéndome no regresar más, “tú eres la responsable de que no vuelva a casa, tú le ayudas a quedarse en este lugar”, me decía... Pero luego el recuerdo de su olor, de sus manos y su manera de mirarme, me perseguía siempre, hasta que volvía a ponerme mi vestido azul y emprendía el camino hacia la trinchera. Allí nos liberamos de los papeles de marido y mujer y pudimos ser otras cosas: madre e hijo, amantes, compañeros, hermanos... Lejos de las miradas de los demás, yo he podido llegar a quererle como a nadie en este mundo. Tu padre nunca me lo ha perdonado, ¿sabes?, el que yo haya seguido cuidando de tu abuelo. Y lo entiendo. Para un niño es muy duro crecer así. Cuando cumplió los dieciséis o diecisiete años intentó marcharse de este pueblo, varias veces. De pronto, preparaba una mochila y se iba, dejando una nota, como hizo Diego. Pero a los pocos días estaba de vuelta, sin dar explicaciones. Creo que una parte de Javi se quedó quieta ahí, en la espera de que su padre regresara.

23.

ARIADNA

Encerrada en mi dormitorio, abro la caja que me ha entregado mi abuela. Saco el pájaro de madera y lo pongo sobre mi mesita. Deshago el nudo que ata este papel quebradizo y

vuelvo a repasar las cartas. Entonces, descubro algo que no había visto antes: es un dibujo, un dibujo infantil. Una casa, con una familia delante. Un padre, una madre, un niño. Pero alguien ha tachado furiosamente la figura del hombre con un lápiz rojo.

TERESA JOVEN

Javier, mira. Es un pájaro, sí. ¿Te gusta? Papá lo ha hecho para ti.

ARIADNA

Encuentro la foto en la que mi abuelo me sostiene en brazos.

TERESA JOVEN

¿No lo quieres?

ARIADNA

Desde que soy niña estoy acostumbrada a que mi abuela me diga que me parezco mucho a mi abuelo. El cuerpo largo, la nariz afilada, los ojos verdes...

TERESA JOVEN

Vale, yo te lo guardo. Te lo guardo aquí y cuando te apetezca jugar con él me lo pides.

ARIADNA

Llevar esa herencia de mi abuelo desaparecido me gustaba, era una forma de tener raíces. Pero ahora no. No quiero parecerme a él. Porque mi abuelo es ahora este hombre, egoísta y cobarde, que abandonó a su familia.

TERESA JOVEN

Sí te quiere, Javi, claro que te quiere... Él querría estar aquí con nosotros... Pero, no puede...

ARIADNA

Leo su letra alargada y le culpo. Le culpo por haber dejado a su hijo para siempre incompleto, con una orfandad vergonzosa y culpable, encerrado en su trinchera de silencio.

TERESA JOVEN

No te enfades conmigo. Anda, ven.

ARIADNA

Ahora comprendo por qué mi padre me mira a veces así, como reprochándome algo que nunca he llegado a entender.

TERESA JOVEN

¿Qué pasa? ¿No me dejas que te abrace?

ARIADNA

Yo, su única hija. Su única hija de ojos verdes, de nariz afilada, de cuerpo largo; su única hija recordándole siempre a la persona que más daño le ha hecho.

24.

ARIADNA

Llego hasta el lugar en donde empieza el camino del monte. Por aquí hay que subir a pie.

TERESA MAYOR

Hace tres meses que no voy a verle. La última vez me caí mientras volvía. Por eso necesito que ahora vayas tú. Necesito que vayas y le lleves tres cosas.

ARIADNA

Dejo la bicicleta apoyada en un árbol, le engancho el candado y echo a andar.

TERESA MAYOR

La cuerda tendrás que atarla bien a una encina grande, que hay justo a la entrada del bosque. La reconocerás porque tiene una marca roja. Átala allí y no la sueltes nunca.

ARIADNA

Veo la encina a la entrada, sí, con esa marca roja que me recuerda al picotazo de un pájaro. Pero no pienso atar ahí una cuerda. Eso me parece ridículo. Vuelvo a meterla en la mochila y me dispongo a subir.

TERESA MAYOR

A los cien metros encontrarás una indicación, pero no le hagas caso. Está mal. La gente la ha movido. Tienes que tomar el camino opuesto al que indica.

ARIADNA

Sigo subiendo. Me llega el sonido de los pájaros.

TERESA MAYOR

Jilgueros, pinzones, colirrojos.

ARIADNA

El camino empieza a ser más difícil. Hay un tramo largo en zigzag.

TERESA MAYOR

Llegarás a una especie de prado. Con pinos y cedros.

ARIADNA

Encuentro un pequeño riachuelo, pero mi abuela no me advirtió nada de un riachuelo.

TERESA MAYOR

Aquí tienes que tomar la senda de la izquierda.

ARIADNA

No encuentro el prado. Ya tendría que haber llegado al prado.

TERESA MAYOR

Si te confundes, desanda un trozo hasta volver a situarte. Como llevas la cuerda será fácil retomar el camino.

ARIADNA

La vegetación es aquí más espesa. Las copas de los árboles casi no dejan que entre la luz.

TERESA MAYOR

Sobre todo ve tranquila. El camino es largo.

ARIADNA

De pronto percibo que estoy yendo hacia abajo. Pero no, había que subir y subir...

TERESA MAYOR

Siempre hacia arriba.

ARIADNA

Tropiezo con algo y me caigo. Allí tirada, desde abajo, los árboles, los árboles tan altos...

Me levanto y echo a correr. Las rodillas me van sangrando. Me paro frente a un árbol grande. Una encina. Con una marca roja. He llegado otra vez al principio del camino.

TERESA MAYOR

No tardes en regresar, agarrada siempre de la cuerda.

ARIADNA

Está oscureciendo ya. ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

TERESA MAYOR

Allí arriba la noche cae muy rápido.

25.

MIGUEL

No es difícil, no. Es cuestión de tiempo y de práctica. Necesitas una navaja. Una buena navaja.

DIEGO JOVEN

Tengo esta.

MIGUEL

Ahora busca un trozo de madera. Mejor de pino, que es más blando. Primero tienes que imaginarte qué vas a hacer. Verlo en tu cabeza. Empieza con algo sencillo. Un pájaro. Podrías empezar con un pájaro.

DIEGO JOVEN

¿Así?

MIGUEL

Ya irás aprendido poco a poco.

DIEGO JOVEN

Miguel, ¿por qué siempre me hablas de ellos? De Iker, de Santiago, de Pedro, de Luis... ¿Por qué siempre tallas sus figuras?

MIGUEL

Porque tengo que protegerlos. Ellos están conmigo.

DIEGO JOVEN

¿Contigo?

MIGUEL

Ahí. Debajo de esas rocas. Los nueve apretados. Pedro, Santiago, Iker, Rodrigo, Luis, Alexandro, Matías, el Peruano y yo. Justo ahí. Como a un metro y medio hacia abajo. Echaron cal viva sobre los cuerpos. Luego tierra y al final colocaron todas estas rocas encima, imagino que para señalar el sitio, no sé. O para que ningún animal escarbara.

DIEGO JOVEN

¿Alguien más lo sabe?

MIGUEL

¿El qué?

DIEGO JOVEN. Que debajo de esas rocas... Que estáis ahí...

MIGUEL

No lo sé.

DIEGO JOVEN

¿Tú quieres que yo avise a tu familia? Quizá ellos... Tú debes de tener padres, hermanos. O una novia. Quizá ellos todavía te estén buscando. Y les consuele saber que... Quizá quieran tener tu cuerpo en otro sitio.

MIGUEL

No me acuerdo de eso. No sé si alguien se quedó esperándome. Todo lo que viví antes de la guerra se ha borrado.

DIEGO JOVEN

Yo tengo tu cédula, Miguel. Y en ella están tus datos.

MIGUEL

Da igual. Ya no quiero irme de aquí. Hay que quedarse guardando el lugar.

DIEGO JOVEN

¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo hay que permanecer en este lugar?

MIGUEL

Hasta que no haya olvido.

26.

ARIADNA

Regresa otra vez. El joven soldado sentado sobre las rocas. Me habla.

MIGUEL

Hasta aquí solo sube quien de verdad lo desea. Los que pisan con dudas, siempre equivocarán el camino. Porque para entrar primero hay que deshacer el nudo de los miedos.

ARIADNA

Me despierto en ese momento. Siento frío, debo haberme destapado durante la noche. Deshacer el nudo de los miedos. Mi padre debe estar ahí, al final del pasillo, preparándose el desayuno, silenciosamente, mientras mi madre y yo dormimos. Me llega el olor a café y tostadas. El nudo de los miedos. Sí, ya es hora. Me levanto, tomo entre mis manos el pájaro y la caja de madera y echo a andar descalza hacia la cocina.

27.

DIEGO MAYOR

¿Dónde está? Mi navaja, no la encuentro. ¿La has visto tú? Como siempre andas tocando mis cosas... Me las escondes, sí, y por eso nunca están donde las dejo. Yo soy muy ordenado. El Peruano me lo decía siempre: "Miguel, eres el soldado más metódico que conozco". Así lo decía: "me-tó-di-co". Él sí que hablaba bien. El Peruano... No sé por qué le llamábamos así, si él no era de Perú ni nada de eso... ¿Cómo que no? Claro que me llamo Miguel. Lo pone aquí, ¿lo ves?, Miguel. ¿Te crees que no sé leer o qué? No, no, no es tuya. ¿Y por qué la tengo yo si es tuya? Ah, es cierto. Sí. Ya me acuerdo, ya. ¿Tú...? ¿Tú llegaste a matar a alguien? ¿Eh? ¿Se te llegaron a clavar los ojos de otro soldado como a mí se me clavarón los tuyos? ¿Por qué no respondes? Todavía no me has perdonado. Tanto tiempo y todavía no has perdonado que yo fuera más rápido que tú al disparar, ¿verdad que no? Pero lo que no sabes es que a ti te tocó lo fácil. Quedarte aquí enterrado, detenido en el tiempo, siempre joven, sin dolor ni culpa... ¿Qué? ¿Dónde? ¡Es verdad! Aquí estaba. Estoy tallando un barco. Para el niño, para el niño de ojos oscuros. ¿Te gusta? Cuando lo termine le voy a poner velas de papel. Así podrá navegar. A lo mejor entonces regresa. El niño o su madre. Porque hace mucho que no vienen. Algo tuve que hacer para que ya no quisieran volver, pero no me acuerdo de qué... ¿Tú sabes si les hice algo malo?

28.

ARIADNA

Esta vez no he traído la bici. Vengo caminando desde el pueblo.

TERESA MAYOR

Esto es lo primero que debes darle. Dentro hay un espejo. Él allí no tiene ninguno y va a ser necesario que mire su rostro para que recuerde quién es.

ARIADNA

Saco la cuerda que me dio mi abuela y la ato con varias vueltas a la encina con el picotazo rojo. Empiezo a subir. Encuentro la señal que indica el camino incorrecto y sigo adelante. No suelto la cuerda, no suelto la cuerda.

TERESA MAYOR

Después le entregas esta carta. No la leas, por favor. Solo él debe hacerlo.

DIEGO JOVEN

Querida mía: esta mañana he querido escribirte aquí lo que muchas veces no sé cómo decirte cuando hablamos.

TERESA JOVEN

Anoche soñé que conseguía salir del bosque y llegaba al pueblo. Iba casa por casa, buscándoos a Javi y a ti, pero no conseguía encontraros.

ARIADNA

Esta vez no puedo equivocarme, y si me equivoco volveré atrás y retomaré el camino de nuevo.

DIEGO JOVEN

En ningún sitio sabían decirme dónde vivíais. Os había perdido. Os había perdido para siempre.

ARIADNA

El prado, luego al prado que me indicó mi abuela.

DIEGO JOVEN

Y entonces, cuando ya estaba a punto de rendirme

TERESA JOVEN

oí tu voz que me cantaba.

ARIADNA

Ahora hay una bifurcación y era a la izquierda.

DIEGO JOVEN

Me guiabas de camino a casa.

TERESA JOVEN

Porque tú nunca me has dejado solo,

DIEGO JOVEN

Teresa, mi amada Teresa.

TERESA MAYOR

Lo tercero que tienes que llevarle es una canción.

ARIADNA

Sigo subiendo, sigo subiendo.

TERESA MAYOR

Tendrás que aprendértela, Ariadna, y cantársela despacio.

TERESA MAYOR / DIEGO JOVEN / TERESA JOVEN

Aquellos ojos verdes/ de mirada serena/ dejaron en mi alma/ eterna sed de amar/.

ARIADNA

“Lugar de Interés Histórico”. Busco en el cartel la palabra Verdad, que ya casi no puede

leerse.

29.

ARIADNA

Aquí estoy. Todo este horizonte alrededor. Y el silencio, y las nubes que se mueven fugaces. Recorro despacio algunos tramos de la trinchera. Toco la piedra que permanece tan callada bajo mis manos. A los pocos minutos lo veo: un anciano sentado sobre una roca talla despacio una figura de madera. Me acerco a él, haciendo algo de ruido. No quiero asustarle.

DIEGO MAYOR

¿Quién anda ahí?

ARIADNA

Hola. Soy... Me llamo Ari. Ariadna. Me llamo Ariadna. Vengo de parte de Teresa.

DIEGO MAYOR

¿Teresa?

ARIADNA

¿Sabes quién es Teresa? Ella me ha pedido que te trajera... Aquí... aquí te traigo... Entonces me doy cuenta de que todavía no he soltado la cuerda. Mejor. No voy a soltarla, no. Saco el pequeño paquete que viene envuelto en un pañuelo de color azul, azul turquesa. Se lo acerco. Él se guarda el carnet en el bolsillo y recoge lo que le entrego con cierta desconfianza. A pesar de su pelo y su barba, a pesar de sus canas, de las arrugas que cruzan su rostro, su mirada y sus gestos se parecen a los de un niño. Cuando descubre su imagen en el espejo, se queda mirándola.

DIEGO MAYOR

¿Este soy yo?

ARIADNA

Sí.

DIEGO MAYOR

Así que esta es mi cara ahora. ¿Qué edad tengo?

ARIADNA

No lo sé.

DIEGO MAYOR

Ha debido pasar mucho tiempo.

ARIADNA

También te traigo esto. Le doy el sobre y lo abre. No estoy segura de que pueda ver bien la letra. ¿Quieres que te la lea?

DIEGO MAYOR

No. Yo puedo solo.

ARIADNA

Miro a mi alrededor. Allí atrás veo algo parecido a un huerto. En este lado me fijo en un lugar cubierto de rocas. Y encima de las rocas, flores. Alguien ha cortado flores y las ha dejado sobre las rocas.

DIEGO MAYOR

Javi... Mi hijo se llama Javi.

ARIADNA

Observo a este anciano de ojos verdes. Me parezco a él, es verdad. A medida que va leyendo, su expresión cambia y envejece de golpe sesenta años. Entonces empiezo a cantar. Aquellos ojos verdes/ de mirada serena/ dejaron en mi alma/ eterna sed de amar. No sé qué significa esta canción, pero sigo. Sigo cantando. Anhelos de caricias/ de besos y ternuras/ De todas las dulzuras/ que sabían brindar/ Aquellos ojos verdes / serenos como lagos/

DIEGO MAYOR

en cuyas quietas aguas/ un día me miré/

LOS DOS: no saben las tristezas/ que en mi alma han dejado/ aquellos ojos verdes / que yo nunca besaré.

ARIADNA

Nos quedamos un momento callados, sin mirarnos.

DIEGO MAYOR

Lo he intentado, ¿sabes? Volver al mundo con Teresa. Varias veces. Pero no logro salir de aquí. En cuanto me alejo los árboles me angustian. Siento que me atrapan. Termino como perdido y al final mis pasos me traen de vuelta a este lugar.

ARIADNA

Quizá por eso ella me dio esta cuerda.

DIEGO MAYOR

¿Qué cuerda?

ARIADNA

Esta. La he atado a una encina, donde empieza el bosque. Nos guiará hasta la salida.

DIEGO MAYOR

Pero... No puedo... Es que... Están ellos, ¿sabes? No puedo dejarles sin más. Si me marchó, ¿quién cuidará de ellos?

ARIADNA

Busca entre su ropa y saca unas figuritas de madera.

DIEGO MAYOR

Están todos aquí, ¿entiendes? Matías, Santiago,

ARIADNA

Me las va mostrando una a una mientras dice sus nombres.

DIEGO MAYOR

Iker, el Peruano, Luis,

ARIADNA

Las va poniendo en fila en el suelo.

DIEGO MAYOR

Pedro, Alejandro, Rodrigo...

ARIADNA

Saca de su bolsillo un carnet antiguo lo coloca junto a los demás.

DIEGO MAYOR

... y Miguel.

ARIADNA

Miguel...

DIEGO MAYOR

No puedo dejarlos solos, ¿entiendes? Tenemos que quedarnos, Miguel y yo, guardando este

lugar.

ARIADNA

Me señala el sitio donde, sobre las rocas, hay un ramo de flores.

DIEGO MAYOR

Ellos están ahí.

ARIADNA

Y entonces me oigo decir: Lo haré yo. Yo los cuidaré mientras tú no estés.

DIEGO MAYOR

¿Tú?

ARIADNA

Lo digo así, sin entender del todo qué significa esta promesa, pero sabiendo que debe ser así. Me quedaré aquí hasta que vuelvas. Mi abuelo se queda en silencio durante un rato.

DIEGO MAYOR

Ariadna.

ARIADNA

Sí.

DIEGO MAYOR

Fue tu abuela quien eligió ese nombre para ti.

ARIADNA

Lo sé.

30.

MIGUEL

Este es Iker. Es muy joven, no debe tener más de diecinueve o veinte años. Casi un niño. Y muy flaco, da pena verle. Siempre tenía hambre, siempre; era capaz de comerse cualquier cosa. Alexandro, no, él es todo lo contrario. Este de aquí es Alexandro. Viene de una familia rica y le costó acostumbrarse a esta vida tan dura. Le salieron ampollas en las manos a los tres días de llegar. Y nunca se le curaron del todo. Pero es un hombre muy culto. Y conoce unas historias increíbles. Historias de dioses y de héroes. Hay una que me gusta especialmente. ¿Quieres que te la cuente?

ARIADNA

Sí.

Gracia Morales. Correo electrónico: gracia@remiendoteatro.com

Edición a cargo de Ana Laura Pace.

Correo electrónico: analaupace@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2023)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral Buenos Aires. Argentina.
www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar